



JOSÉ ANTONIO MARINA

Materiales para una
historia de la obediencia

#MonografíaGamma



Contenido

Materiales para una historia de la obediencia.....	0
Acerca de este documento	2
Capítulo 1: La paradoja de Hume	3
Capítulo 2: ¿Por qué obedecemos?	7
Capítulo 3: Un hábito contradictorio.....	10
Capítulo 4: Dos modos de obediencia	12
Capítulo 5: La constitución del sujeto obediente.....	15
Capítulo 6: Una inteligencia que aprende normas	17
Psicología de la dominación:	17
Psicología de la autoridad.....	19
Paréntesis neurológico.	20
Psicología del aprendizaje de las normas	21
Capítulo 7: La ciudad y la expansión de la obediencia	22
Capítulo 8: La religión y la obediencia.....	25
Capítulo 9: Glorificación política de la obediencia	29
Capítulo 10: El alba de la rebelión.	31
Capítulo 11: Vivan las cadenas.....	34
Capítulo 12: Antídotos contra la sumisión.....	37

Acerca de este documento

Este documento forma parte de una serie de Monográficos que pertenecen a una sección llamada Gamma.

Los astrónomos saben que el universo puede contemplarse iluminado con distintas luces, es decir, con diferentes longitudes de onda. La luz visible nos presenta un universo más estable y armónico. En cambio, al captarlo con rayos gamma, aparece un turbión de energías en acción. Algo parecido sucede en la Historia. Los acontecimientos pueden verse con luz visible que muestra una objetividad fría. Sin duda, las estadísticas de las batallas, los enfrentamientos entre naciones, como si estas fueran entes reales que salen a pelear, la interpretación económica de los cambios sociales, son visiones verdaderas, pero ¿nos permiten comprender lo que sucedió?

Contemplar **la historia “con rayos gamma”** nos revela un juego de fuerzas, intereses, miedos, coacciones, odios, venganzas, poder.

Eso es lo que quiero contar en El deseo interminable: las pasiones que han movido la historia. Para comprobar las posibilidades y ensayar formatos o estilos de escritura, redacto las **Monografías gamma**, que publico aquí. Son tanteos metodológicos, materiales de construcción.

Capítulo 1: La paradoja de Hume

[Hume](#), un perspicaz observador de la vida política, expresó su extrañeza ante el fenómeno del poder y de la obediencia:

“Nada es más sorprendente para aquellos que se ocupan de los asuntos humanos con mirada filosófica, que ver la facilidad con la que las mayorías son gobernadas por las minorías; y observar la implícita sumisión con la que los hombres renuncian a sus propios sentimientos y pasiones a cambio de los de sus gobernantes. Cuando investigamos por qué medios se produce esta maravilla, encontraremos que, así como la fuerza está siempre del lado de los gobernados, quienes gobiernan sólo tienen la opinión donde se funda el gobierno, y esta máxima se aplica a los más despóticos y más militares de los gobiernos, así como a los más libres y populares”

(Hume, “De los primeros principios del gobierno”, 1758).

Era la misma tesis de [Etienne de la Boétie en su *Discours de la servitude volontaire*](#): si los individuos negaran la obediencia al Estado, sus líderes se quedarían sin poder.

“De lo que aquí se trata es de averiguar cómo tantos hombres, tantas ciudades y tantas naciones se sujetan a veces al yugo de un solo tirano, que no tiene más poder que el que le quieren dar; que solo puede molestarles mientras quieran soportarlo; que solo sabe dañarles cuando prefieren sufrirlo que contradecirlo”.

Los pueblos deben atribuirse a sí mismos la culpa si sufren el dominio de un bárbaro opresor, pues que cesando de prestar sus propios auxilios al que los tiraniza recobrarían fácilmente su libertad. Es el pueblo quien se esclaviza y suicida cuando, pudiendo escoger entre la servidumbre y la libertad, prefiere abandonar los derechos que recibió de la naturaleza para cargar con un yugo que causa su daño y le embrutece.

El asombro se repite incesantemente. Un personaje tan conocedor del poder como [Jacques Necker](#), ministro de Luis XVI, expresó la paradoja de Hume casi con las mismas palabras:

“Semejan subordinación no puede menos de sorprender a los hombres capaces de reflexión, Esta obediencia de un gran número a un pequeño número es un hecho singular, casi misterioso” ([Du pouvoir exécutif dans les grands États](#)).

A Rousseau, el espectáculo del poder le recordaba a Arquímedes sentado tranquilamente en la orilla y sacando a flote sin esfuerzo una gran nave” (Contrato social, libro III, c.VI). Muchos años después, Simone Weil amplía la fuerza de la paradoja:

“Que muchos hombres se sometan a uno por miedo a ser matado por él es bastante asombroso, pero que permanezcan sumisos hasta el punto de morir por orden suya, eso ¿cómo podemos llegar a comprenderlo? (p.111). (Simone Weil “Meditaciones sobre la obediencia y la libertad”, [en Escritos históricos y políticos, Trotta](#)).

El tema de la obediencia, la sumisión, la resignación, la dependencia, resulta central para una historia de la búsqueda de la felicidad.

Y, al estudiar las purgas soviéticas, **Claude Lefort** señala un comportamiento todavía más incomprensible: “ Los militantes del partido aceptan una condición aún más extraña: consienten, por amor a él, en hacerse condenar por él”. ([Léfort, C. La complication. Retour sur le communisme](#). 1999, dedica un capítulo a *La servitude volontaire*).

El tema de la obediencia, la sumisión, la resignación, la dependencia, resulta central para una historia de la búsqueda de la felicidad. La Boétie saca una conclusión de sus análisis: Los hombres no desean la libertad. Si la desearan, la obtendrían. **¿Se trata realmente de querer o la obediencia es una fuerza esencial al campo social como la gravedad lo es al campo físico?**

Esa pareció ser la convicción de alguien como Kant, que tantos elogios hizo de la autonomía personal:

“ El hombre es un animal, el cual cuando vive con los de su especie, necesita un señor (...) que quebrante su propia voluntad y le obligue a obedecer a una voluntad universalmente válida, de modo que cada cual pueda ser libre” (Ideas para una historia universal en clave cosmopolita, p.12).

Otra paradoja que **Rousseau** había acuñado en una frase: “Hay que obligar al hombre a ser libre”. Es decir, no hay que confiar en que quiera serlo voluntariamente.

¿A quién le corresponde aclarar tan complejo asunto? ¿A la psicología? ¿A la sociología? ¿A la historia? Desde el proyecto Gamma la respuesta es clara. **De resolver el misterio debe encargarse la Ciencia de la evolución de las culturas.**

Capítulo 2: ¿Por qué obedecemos?

Al revisar mis ficheros, encuentro materiales para esbozar una historia de la obediencia, recogidos al hilo de otras investigaciones, en especial las que tenían al poder como tema. Cada tipo de poder implica un tipo de sumisión, por lo que sus historias son inseparables como el haz y el envés. “El poder - escribió **Weber**- es la posibilidad de obtener obediencia”. Lo que emerge de esos materiales es que la obediencia ha sido esencial para la génesis de nuestra especie. Hegel interpretó la historia como una dialéctica entre el amo y el esclavo, que era también una estructura del espíritu. Y a su zaga, y a su manera, **Marx** hizo lo mismo. **Foucault** pensó que la sumisión es la verdadera protagonista de la historia.

Pero a pesar de su cotidianeidad y aparente sencillez, el fenómeno es más complejo de lo que aparenta. **¿Por qué obedecemos?** En muchos casos, **por miedo**. Pero no siempre es así. También podemos hacerlo **por amor**. Todo el amor cortés se basaba en la sumisión del amante a su dama. Spinoza titula la parte IV de su *Ética*: “Acerca de la servidumbre humana, es decir, acerca de la fuerza de los afectos”.

A [Henri Bergson](#) también le intrigó esta cuestión:

“La pregunta apenas se plantea -escribió- Tenemos el hábito de escuchar a nuestros padres y a nuestros maestros. Sin embargo, sentimos que es porque son nuestros padres, porque son nuestros maestros. A nuestros ojos su autoridad les venía menos de ellos mismos que de su situación por relación a nosotros. Parecen obrar por delegación. Detrás de ellos está la sociedad. La vida social nos aparece como un sistema de hábitos más o menos fuertemente enraizados que responden a las necesidades de la comunidad. Algunos son hábitos de mandar, pero otros son hábitos de obedecer, bien sea que obedezcamos a una persona que manda en virtud de una delegación social, bien sea que la sociedad, confusamente percibida o sentida, emite una orden impersonal, Cada uno de esos hábitos de obedecer ejerce una presión sobre nuestra voluntad. Podemos sustraernos a ella, pero luego somos atraídos hacia ella, acercados a ella, como el péndulo separado de la vertical”. [\(Las dos fuentes de la moral y de la religión, Oeuvres. P. 981\)](#)

Obedecer es, pues, un hábito impuesto por la sociedad, cuyo origen hemos ya olvidado. Todos los poderes -políticos o religiosos- han fomentado la obediencia. Incluso hasta muy recientemente se la ha considerado la virtud más importante. “Bien agir, c'est bien obéir, escribe Durkheim. El anarquismo o la anomia ha inquietado siempre a las sociedades. Desde tiempos remotos se ha fomentado el sentimiento de pertenencia al grupo, de lealtad a las autoridades, de patriotismo. Giovanni Botero, el influyente autor de De la razón de Estado (1589), al hablar de la influencia que tiene la religión en la buena marcha de las naciones, dice:

“Entre todas las leyes no hay ninguna que sea más a favor de los príncipes que la cristiana, porque ésta no solo los somete los cuerpos y haciendas de sus vasallos para lo que conviene, pero también los ánimos y las conciencias, y liga las manos, los estados y los pensamientos de ellos; quiere que se obedezca no solo a los príncipes sabios, pero aun a los muy desconcertados, y que se sufra cualquier cosa por no perturbar la paz, no hay cosa alguna por la cual el súbdito se pueda desobligar de la obediencia que debe a su señor”.

Capítulo3: Un hábito contradictorio

Al estudiar la historia de la obediencia nos vamos a tropezar con un fenómeno nuclear y ambivalente, sometido a lo que he llamado **“ley del doble efecto”**: tiene consecuencias contradictorias. Después de épocas de obediencia servil tendemos a hacer precipitadamente un elogio de la rebeldía. *L’homme revolté* se ha convertido en modelo de la modernidad. Sin embargo, al mismo tiempo nos preocupan los niños desobedientes o desafiantes, y creemos que obedecer la ley o las normas éticas es necesario para la convivencia. Hay que recordar que el valor de la autonomía personal ha sido solo reconocido recientemente. Cuando Antígona, en la tragedia de Sófocles, desobedece las leyes de la ciudad por seguir las de su conciencia, el coro la critica llamándola “autónoma”, algo que debía de sonar como “insolidaria” o “soberbia”.

Nietzsche describió con su gran retórica la contradictoria índole de la obediencia cuyo efecto es **la esclavitud o la libertad**. Pone como ejemplo la creatividad:

“Todo artista sabe que su estado “más natural”, esto es, su libertad para ordenar, establecer, disponer, configurar en los instantes de “inspiración”, está muy lejos del sentimiento de dejarse ir y que justo en tales instantes él obedece de modo muy riguroso y sutil a mil leyes diferentes”. Todo lo valioso que ha conseguido el hombre se ha obtenido “obedeciendo durante mucho tiempo y en una única dirección. “Tu debes obedecer a quien sea, y durante largo tiempo, de lo contrario perecerás y perderás la última estima de ti mismo”. Este es un imperativo moral que se dirige al individuo,

sino a pueblos, razas, épocas, estamentos y, ante todo, al entero animal
"hombre", al *hombre*". ([Nietzsche, F., *Más allá del bien y del mal*](#))

Capítulo 4: Dos modos de obediencia

Un análisis más cuidadoso de la obediencia nos da las claves de su doble efecto. El poder es la capacidad de controlar la acción de otro, de conseguir que haga lo decidido por el que manda. Obediencia es soportar o aceptar ese control. El poder puede ejercerse hacia el interior o hacia el exterior. En el primer caso, dominador y dominado son la misma persona, pero ejerciendo diferentes funciones, como ha mostrado la teoría dual de la inteligencia. Las funciones ejecutivas controlan la acción de la inteligencia generadora...hasta donde pueden. Para los interesados en Hegel, esta idea puede considerarse una versión psicológica de su **teoría del amo y del esclavo**. Son posiciones mutuamente dependientes. Ambos se necesitan: no hay amo sin esclavos, ni esclavo sin amo. Tradicionalmente se llamaba **“fuerza de voluntad” al poder de tomar decisiones**. En este caso, se da también una sumisión, pero no a un jefe externo, sino al propio proyecto, o a las normas y reglas que dirigen el pensar o el actuar. Por ello puede tratarse de una “obediencia liberadora” si el proyecto es liberador. La libertad consiste en someter los impulsos al “imperium” de la razón.

[Eric Fromm](#) hizo una distinción parecida:

"La obediencia a una persona, institución o poder (obediencia heterónoma) es sometimiento; implica la abdicación de mi autonomía y la aceptación de la voluntad o juicio ajenos en lugar del mío. La obediencia a mi propia razón o convicción (obediencia autónoma) no es un acto de sumisión sino de afirmación. Mi convicción o mi juicio, si son auténticamente míos, forman parte de mí. Si los sigo, más bien que obedecer el juicio de otros, estoy siendo yo mismo; por ende, la palabra obedecer sólo puede aplicarse en un sentido metafórico y con un significado que es fundamentalmente distinto del que tiene en el caso de la obediencia heterónoma."

[\(From, E., Sobre la desobediencia\)](#)

Los dos modos de la obediencia -la que lleva a la libertad y la que anula la libertad- aparecen con claridad cuando contemplamos la historia de la educación, como ha contado muy bien Gaëlle Jeanmart en [Généalogie de la docilité dans l'Antiquité et la Haut Moyen Âge](#). (Vrin, 2007).

"Un mismo concepto, el de docilidad, juega papeles diferentes al articularse de manera distinta los mismos conceptos. Obedecer es abandonarse, conformarse a la voluntad del maestro, pero también ser maestro de sí mismo, liberarse del juego de las pasiones, experimentar su alma, conocerse".

Al comparar la educación griega con la educación monástica al comienzo de la Edad Media comprueba que en ambos casos se exigía la obediencia del alumno. No olvidemos que **"dócil" viene de "docere", aprender**. Pero la escuela griega tiene como objetivo su emancipación. Aspira a hacer de él un

hombre racional, autónomo y libre. En cambio, la educación monástica enseña una obediencia permanente. No tiene como objetivo el desarrollo de la razón sino el sometimiento de la voluntad. Como veremos, la obediencia a Dios o al superior era la máxima virtud para la moral cristiana.

Capítulo 5: La constitución del sujeto obediente

El poder constituye al sujeto obediente y la historia de la obediencia debe estudiar los diferentes modos de vivirla. **Hay culturas de la sumisión y culturas de la independencia.** Hay clases sociales que se configuran como dominadas y otras como dominadoras. **Oscar Lewis**, en su famoso libro sobre una familia mexicana -[Los hijos de Sanchez](#)- cita el comentario de uno de los encuestados:

“Para mí, el destino está controlado por una mano misteriosa que lo mueve todo. Solo los elegidos pueden hacer las cosas tal como las planean. Los que hemos nacido para comer tamales, hacemos planes y planes y siempre sucede algo que los manda a paseo”.

Dentro del campo semántico de la obediencia **aparece la resignación.** En la filosofía y la psicología contemporáneas tiene mucha importancia el concepto de “subjetivación”. **Heidegger** escribe:

“Lo decisivo (en la Edad Moderna) no es que el hombre se libertara de suyo de las ataduras anteriores, sino que se transforma absolutamente la esencia del hombre, al convertir a éste en sujeto” (Heidegger, Sendas perdidas, 1960:78).

Heidegger confunde dos planos: el de la vida real y el de las teorías filosóficas sobre la vida real. Es decir, confunde la historia con la historia de la filosofía. Los seres humanos siempre han sido sujetos “psicológicos”, que se han interpretado a sí mismos de maneras diferentes, según las culturas,

o la situación social. Margaret Mead cuenta que durante su estancia en un poblado de la Melanesia ocurrió un hecho delictivo. Cuando preguntó su opinión a unos miembros de la tribu le contestaron: El jefe no nos ha dicho aun lo que tenemos que pensar. Llamamos **subjetivación** a este autoconcepto, a esta forma de pensarse uno mismo como individuo, a los roles que la sociedad le impone. Este hecho psicológico -de psicología individual y social- es el que me interesa estudiar. Se trata de bajar las grandes ideologías históricas al mundo de la vida. [Clifford Geertz](#) advirtió, por ejemplo, que la idea de un sujeto integrado, coherente, separado de los demás es una idea occidental, inexistente en otras culturas.

¿Cómo se pensaría a sí mismo un esclavo romano, un siervo medieval, un monje cisterciense, un ciudadano florentino, un paria hindú, un revolucionario francés? ¿Cómo se pensaban a si mismas las mujeres en cualquiera de esas situaciones? ¿Qué sabían, en quien creían, que aspiraciones y esperanzas tenían, cual era su horizonte de posibilidades, en que cifraban su felicidad? Suele decirse que las culturas occidentales son individualistas y las orientales comunitarias ¿cómo influye eso en la constitución del self, de la propia identidad?

Capítulo 6: Una inteligencia que aprende normas

Puesto que **la obediencia y los modos de sumisión** son aprendidos, debemos estudiar los mecanismos por los que se inducen y desarrollan. Sin duda, se apela a deseos y emociones: el miedo, el anhelo de seguridad, la necesidad de ser aceptado por el grupo, los sistemas de premios y castigos que la sociedad establece. La psicología evolucionista ha identificado tres niveles evolutivos de obediencia ([Heinrich, J. *The Secret of Our Success*, 2016](#)): psicología de la dominación, de la autoridad y del aprendizaje de normas.

Psicología de la dominación:

La hemos heredado de nuestros antepasados primates. Nuestra especie no sólo aprende muy rápidamente, sino que se preocupa de enseñar a sus crías. Por eso, podemos decir que se “amaestró” a sí misma. Esta es una palabra muy adecuada, porque deriva de “maestro”, de enseñar, aunque se utiliza únicamente para animales. Los niños se educan, los animales se amaestran. Ese es nuestro origen: una especie animal se educó a sí misma, mediante procedimientos posiblemente terribles. El gran jurista [Rudolf von Ihering](#), que escribió una interesante genealogía del derecho, cuenta en su prosa decimonónica que el ser humano aprendió a usar la violencia para dominar su propia violencia. Sólo ella era capaz de resolver el problema planteado entonces: ***“quebrantar la indomabilidad de la voluntad individual y educarla para la vida en común”***.

El estudio del adiestramiento de animales nos permite aclarar este sorprendente hecho. Entrenarlos significa someter su conducta a pautas

impuestas desde fuera. *Un cerebro más desarrollado suscita cambios en un cerebro menos desarrollado.* Esta misma relación se da entre el bebé y su cuidador/educador. Un perro sentirá el impulso de comer la comida que tiene delante, pero si está adiestrado para ello aguardará la orden de su dueño. El sistema de control exterior se impone sobre los impulsos internos. Al final, el niño internaliza esa relación de obediencia y acaba obedeciendo a su habla interior. Alcanza así la autonomía. Fue el gran descubrimiento de Lev Vigotski. Es muy probable que los humanos fueran autoseleccionándose, privilegiando ciertas ventajas competitivas: la rapidez en aprender, el autocontrol, el altruismo. Fue ya la tesis de [Franz Boas](#), que ha ido creciendo en verosimilitud¹. [Richard Wrangham](#) ha postulado que también el hombre sufrió un proceso de domesticación que modificó su biología, pero por parte de sus propios congéneres. Lo mismo opina [Michael Tomasello](#) quien supone que en algún momento de nuestra historia evolutiva se produjo en los seres humanos una suerte de **autodomesticación** y el grupo eliminó a los individuos muy agresivos y acaparadores. Habría tenido lugar así un paso inicial en la evolución humana, abarcando el aspecto emocional y motivacional, que nos alejó de los grandes simios y nos arrojó a un nuevo espacio adaptativo en el cual era posible que se desarrollaran habilidades complejas, útiles para actividades en colaboración y favorables a la intencionalidad compartida. Esto habría acelerado la evolución humana. [Michael Gazzaniga](#) es de la misma opinión: el cerebro produce la mente, pero la mente limita el cerebro. Lo somete a normas:

Psicología de la autoridad.

Una vez que nos hubimos convertido en buenos aprendices sociales, lo importante era **saber de quien aprender**. Debía imitarse a quien tuviera prestigio ganado por poseer mejor información y mayor capacidad para resolver problemas (Heinrich, p. 118). La organización del poder y de la sumisión en las tribus cazadoras recolectoras posiblemente se organizó alrededor de la familia. Fueron sociedades muy igualitarias, pero lo más probable es que establecieran jerarquías, porque estas ya existen en todos los animales grupales.

“Esta jerarquización impide que surjan continuamente peleas en el grupo -escribe Eibl-Eibesfeldt- y es un medio de evitar la agresión En los vertebrados superiores, los individuos de posición más elevada se encargan además de ciertas áreas al servicio del grupo. Entre los papiones, los jefarcas hacen de batidores en caso de peligro (...) Los de categoría inferior buscan refugio junto a los de categoría superior” (Amor y odio. P. 64).

Fuerza, habilidades sociales y experiencia son factores determinantes de la jerarquía. En las tribus primitivas, las jefaturas eran todavía frágiles, como lo fueron ya en tiempos próximos los “jefes piel de leopardo” de los nuer, los jefes de la guerra comanches, los “grandes hombres” de Papúa Nueva Guinea. Pero según avancemos en la historia de esas sociedades arcaicas, comunitarias, nos llegarán ecos de personaje poderosos, que van a ser protagonistas de los efectos paradójicos del poder: constructores y destructores. Las mitologías hablan de personajes que fundaron comunidades, como Rómulo y Remo, o Eneas. Hegel, en pleno romanticismo, no pudo ocultar su admiración por esos “grandes hombres”,

que cambian la historia. Su fuerza innovadora les obliga a la violencia. Dicen a la gente lo que deben querer, y son seguidos porque hacen conscientes sus deseos ocultos. Son necesarios, añade, porque el pueblo es incapaz de educarse a sí mismo. No se hace ilusiones. El gran hombre quiere conseguir sus fines personales, pero es un fin de naturaleza política: dominar. ([Gilles Marmasse; Le grand homme et ses passions](#)).

La formación de un orden jerárquico presenta dos características que los humanos hemos presentado en toda nuestra historia. Somos seres programados para obedecer, pero también con deseos de ascender de rango, como señaló [Vane Packard en Status Seekers](#), 1959. Es decir, somos gregarios y competitivos.

Paréntesis neurológico.

La búsqueda de estatus se relaciona con emociones que tienen que ver con comparaciones sociales. Hidehiko Takahasi ha mostrado que cuando una persona cree que la comparación con otra no le favorece, aparece la respuesta de amenaza, liberándose cortisol y otras hormonas relacionadas con el estrés. La sensación de bajo estatus provoca el mismo tipo de elevación del cortisol que la privación del sueño y la ansiedad crónica. Joan Chiao, experta en neurología cultural, descubrió en 2003, que el circuito neural que evalúa el estatus es similar al que evalúa el éxito en una competición. Keise Izuma, en 2008, mostró que una computadora que dice “buen trabajo” ilumina las mismas regiones de recompensa del cerebro que la llegada de un dinero inesperado. David Rock ha elaborado su teoría del liderazgo en estos hallazgos, en su libro *Your Brain at Work* (Mola, D.J.,

Godoy, J.C., Reyna, C, "Review of measures of social status in experimental studies in behavioral sciences and neurosciences")

Psicología del aprendizaje de las normas

Heinrich señala un tercer nivel, construido sobre los anteriores: la "psicología de las normas".

"Las sanciones por los incumplimientos de las normas y los premios por su cumplimiento han provocado un proceso de autodomesticación que ha dotado a nuestra especie con una "psicología de las normas"

que tiene dos componentes: asumir que el mundo social está gobernado por reglas, y aceptarlas como propias para navegar más eficazmente en el mundo social. (Chudek, M. y Heinrich: "Culture-gene evolution, norm psychology, and the emergence of human prosociality", *Trends in Cognitive Sciences*, 15, 2010). Esto favorece las habilidades cognitivas y la motivación para rechazar las transgresiones y a los transgresores. y proteger la propia reputación (Kelly, D. Setman, S. "The psychology of normative cognition", 2020)

En la monografía ***Fama, gloria, honor*** he estudiado este aspecto. Friedrich Hayek afirmó lo mismo: la humanidad accedió a la civilización porque fue capaz de elaborar y transmitir normas, primero dentro de la tribu y después en un orden mas extenso (*La arrogancia fatal*, c.1).

Capítulo 7: La ciudad y la expansión de la obediencia

La ciudad posibilitó la aparición de estructuras más fuertes de dominación, que exigieron modos más rígidos de obediencia. Aparecieron normas escritas. En las primeras grandes ciudades-Estado sumerias se manifiestan dos grandes líneas de poder: el político y el religioso. Ambas han colaborado durante siglos. **El poder político para hacerse obedecer se alió con la religión.** El rey recibía el poder de Dios, o era una encarnación del mismo Dios, como en Egipto. En Mesopotamia, los reyes legisladores se presentaban como intermediarios de la divinidad. Por su parte, las religiones sintieron la tentación de apropiarse del poder político y de utilizarlo

La **esclavitud**, que ha acompañado a nuestra especie desde tiempos inmemoriales, es una forma extremada de sumisión. El origen de su situación -la derrota en una guerra, el rapto, el ser hijo de esclavos - debió determinar el modo como la experimentaban. Unos esclavos mantendrían su deseo de libertad y otros ya no la echarían en falta. El paso de la Antigüedad romana a la alta edad supuso el paso de un régimen de esclavitud a un régimen de servidumbre. [Chris Wickham, en *Una historia nueva de la Alta Edad Media*](#), estudia esta transición desde el punto de vista de los campesinos. Le interesa conocer las distintas formas en que los grandes terratenientes afianzaron su dominio sobre los campesinos. En las décadas centrales del siglo IV, las leyes imperiales fijaban los colonos a la tierra, lo que aumentó la sujeción de los labriegos a sus señores hasta

asemejarse su condición a la de los esclavos, como reconoció Justiniano en el año 530.

Muchos campesinos se rebelaron contra esta situación, como muestran las “revueltas bagaudas”, que se iniciaron en Galia e Hispania en el siglo III y duraron hasta el X. Sus integrantes eran principalmente soldados desertores de las legiones o colonos evadidos de sus obligaciones fiscales, esclavos huidos, forajidos o indigentes que se enfrentaron a la opresión laboral tanto del sistema militar como del «prefeudal» de grandes propietarios que surgió en el Bajo Imperio. Rutilio Namaciano, cuando comenta la derrota de los bagaudas ante Exuperancio (año 417) escribe que el vencedor “restituyó las leyes, restauró la libertad y no permitió que los propietarios fueran esclavos de sus propios esclavos”.

Los siervos, aun siendo libres, podían estar adscritos a una finca, atados a ella, lo que era un modo atenuado de esclavitud. El sistema duró en Rusia hasta bien entrado el siglo XIX. En 1467, el zar Ivan III para asegurar el valor de las grandes explotaciones agrícolas autorizó a los terratenientes a hacer que los campesinos se quedaran en ellas, incluso utilizando la fuerza. Los aristócratas mantenían su derecho de vender las tierras conjuntamente con los campesinos que vivieran en ella. El censo de 1719, ordenado por Pedro el Grande, mostro que el 80% de los rusos eran siervos. Según el censo de 1857, en una población total de 60,9 millones de ruso había 49,4 millones de siervos.

¿Qué idea de felicidad eran capaces de tener las personas nacidas en familias que habían soportado esa situación generación tras generación?

La sociología es demasiado abstracta para responder a esta pregunta, por lo que hemos de acudir a la literatura. Chéjov escribió un cuento titulado "Mújiks", un término que designaba los campesinos sin tierras. Un camarero de un restaurante de lujo de Moscú debe dejar el trabajo por un accidente y vuelve a su pueblo natal, donde vivirá con su familia campesina. Chejov describe el atraso, la suciedad y la ignorancia, el alcoholismo, la violencia, el maltrato a las mujeres, una religiosidad embrutecedora. El protagonista muere al ser tratado por un curandero y su mujer y su hija tienen que salir a pedir limosna. [Iván Bunin en Una aldea](#), cuenta una historia parecida. El protagonista dice: "¡Ni siquiera al diablo le sirve este pueblo! Están labrando la tierra hace ya un millar de años; ¡qué un millar, muchos más!, y no hay ninguno que la sepa labrar bien. No saben hacer su único trabajo. No saben cuándo hay que salir al campo, cuándo hay que sembrar o segar. ... ¡Ni una sola campesina sabe hacer el pan; se separa la corteza de arriba y debajo hay una masa agria! ... ¡El pueblo! ¡Soeces, perezosos, descarados, y tan embusteros que ninguno cree lo que dice el otro!".

Kevin Bales, en su conmovedor libro [La nueva esclavitud en la economía global](#) da una nueva definición de la esclavitud. Ya no es una cuestión de propiedad, sino de control absoluto de una persona para explotarla económicamente. Al no ser el esclavista dueño del esclavo, no tiene ninguna responsabilidad sobre él, ningún interés en que viva o muera porque es inmediatamente sustituible. La situación, por lo tanto, es todavía peor que en la antigüedad, pero salvando las apariencias.

Capítulo 8: La religión y la obediencia

El papel de las religiones en el desarrollo de la obediencia ha sido colosal. Por lo que se refiere al cristianismo, ya en la *Carta a los romanos*, San Pablo escribió:

“Cada uno en esta vida debe someterse a las autoridades. Pues no hay autoridad que no venga de Dios, y los cargos públicos existen por voluntad de Dios. Por lo tanto, el que se opone a la autoridad se rebela contra un decreto de Dios y tendrá que responder por esa rebeldía”.

La idea de que el poder venía de Dios y que, por lo tanto, había que obedecerle, se ha mantenido en la historia europea hasta recientemente. En las monedas de la época franquista todavía se leía al menos hasta 1957: “Franco Caudillo por la gracia de Dios”.

En la Biblia, la obediencia es la virtud religiosa principal.” Ciertamente obedecer es mejor que los sacrificios” (1 Samuel 15.22). “El fin de todo discurso es este: Teme a Dios y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre” (Eclesiastés, 12.13). “Escuchad mi voz, y seré vuestro Dios” (Jeremías 7.23). Es esta la voz que Noé oyó cuando edificó el arca (Génesis 6); que Abraham oyó cuando dejó su hogar y parentela y empezó a caminar hacia la tierra prometida (Génesis 12.1–5) y que Moisés oyó cuando aceptó la tarea de librar al pueblo de la esclavitud (Éxodo 4). El capítulo 22 del Génesis cuenta la historia de la obediencia absoluta de Abraham, dispuesto a matar a su hijo Isaac como sacrificio a Yahvé. **Los comentaristas se han esforzado en dignificar esta terrible obediencia, sin conseguirlo.**

La obediencia es expansiva. Se debe obedecer a Dios, y, en consecuencia, a todos los poderes legitimados por él. En vano pensamos que estamos a bien con Dios, si no obedecemos su palabra (Juan 14.15; Santiago, 1, 22-25; 1 Juan 2.3-4).

También hay que obedecer a los sacerdotes. "Obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos" (hebreos 13.17). A los padres: "Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres" (Efesios 6.1). A los gobernantes: "Que se sujeten a los gobernantes" (Tito,3.1) "Sométase toda persona a las autoridades superiores" (Romanos 13.1). "Obedeced a vuestros amos terrenales" (Colosenses 3.22). El cristiano no debe olvidar que "fue la obediencia de Cristo la que hizo posible nuestra justificación" (Romanos 5.19). La exaltación de la obediencia se corroboraba con los males de la desobediencia. Por ella entró el pecado en el mundo (Génesis 3, 1-3; Romanos 5.1)

La obediencia significa negarse a uno mismo. Cristo dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día, y sígame" (Lucas 9.23)." *Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos*" (Gálatas 5, 24). No es de extrañar que la teología convirtiera la obediencia en la virtud esencial. Así lo hace Tomás de Aquino en la *Suma Teológica* II-II. q.104. La facultad humana que es sujeto de la obediencia es la voluntad. Y su objeto propio es el mandato. Puesto que, en el orden natural, según el plan divino, es necesario que lo inferior se someta a la acción de lo superior, así también entre los hombres, según el orden del derecho natural y divino, los inferiores deben obedecer a los superiores. Así pues, **la obediencia es la mayor de las virtudes morales**

(II-II, 103, 3) y todos los actos de las demás virtudes, en cuanto ordenados, pertenecen a la obediencia": (II-II, q. 104, ad 2).

Cuando durante la Reforma y la Contrarreforma la salvación personal se convirtió en objetivo prioritario, la obediencia, la negación de la propia voluntad, es decir, del egoísmo y la soberbia, se erigieron en valores supremo con independencia de lo que se hiciera siguiendo las órdenes. El 26 de marzo de 1553, Ignacio de Loyola escribe una carta sobre la obediencia dirigida a los Padres y hermanos jesuitas de Portugal. Comienza citando a san Gregorio: la obediencia introduce en el alma el resto de las virtudes y las conserva. Pone como ejemplo la figura de Jesús, "hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz"-

La obediencia santifica de alguna manera cualquier cosa que se haga. Hay que obedecer a la autoridad, sin pararme a juzgar lo que ordena. "Ni porque el Superior sea muy prudente, ni porque sea muy bueno, ni porque sea muy cualificado en cualesquiera otros dones de Dios nuestro Señor, sino porque tiene sus veces y autoridad debe ser obedecido; ni al contrario, por ser la persona menos prudente se le ha de dejar de obedecer en lo que es Superior, pues representa a la persona del que es infalible sapiencia, que suplirá lo que falta a su ministro; ni por ser falto de bondad y otras buenas cualidades". Hay pues que reconocer en cualquier Superior a Cristo, y por lo tanto reverenciarlo y obedecer.

La obediencia está presente en otras religiones. La palabra "musulmán" significa "que se somete" y la palabra "islam", también significa literalmente "aceptar, rendirse, someterse". Es un sometimiento que proporciona paz, seguridad y bienestar. El mundo se divide en Dar al-islam, que significa el "reino de la sumisión" (a Dios), pero también "reino de la paz", y el Dar al

Harb, el reino de la discordia y la guerra. (Martines Montalves, P. "islam y occidente, Juicios y prejuicios: en *Pretensiones occidentales, carencias árabes*). Esa sumisión amable tiene un significado parecido al que en la cultura japonesa tenía la palabra *amae*, que es una obediencia cálida al superior. Según Takeo Doi la cultura japonesa transmitió siempre un espíritu generalizado de dependencia, lo que hacía que la emoción que "constituye la esencia de la psicología japonesa y la clave para comprender la estructura de su personalidad" es *amae*, que el diccionario *Daigenkai* define como "apoyarse en el amor de otra persona o depender del afecto de otro". Takeo Murae comenta: "Al contrario que en Occidente, no se anima a los niños japoneses a enfatizar la independencia y autonomía individuales. Son educados en una cultura de la interdependencia: la cultura del *amae*: el ego occidental es individualista y fomenta una personalidad autónoma, dominante, dura, competitiva y agresiva. Por el contrario, la cultura japonesa está orientada a las relaciones sociales, y la personalidad tipo es la dependiente, humilde, flexible, pasiva, obediente y no agresiva. Las relaciones favorecidas por el ego occidental son contractuales, las favorecidas por la cultura *amae* son incondicionales.

Capítulo 9: Glorificación política de la obediencia

El poder es expansivo y tiende a hacerse absoluto, lo que solo se consigue si hay una obediencia absoluta. En China, el emperador afirmaba contar con el **“mandato del cielo”** para todas sus acciones, y sus súbditos lo reverenciaban como tianzi, hijo del cielo, con poder supremo sobre todas las cosas. Otros gobernantes asiáticos también afirmaban encarnar el poder divino en la tierra, lo que les confería el derecho a entablar guerras a voluntad. Los reyes coreanos afirmaban representar al Estado y actuar con el beneplácito divino para lograr la armonía entre los propósitos del cielo y los de los seres humanos. La retórica política en el sur de Asia también presenta a los gobernantes como dotados de poderes sobrehumanos. Los exitosos monarcas budistas afirmaban ser *chakhravarthi* (conquistadores del mundo), de la misma manera que los emperadores mogoles de la India se proyectaban a sí mismos como *sahibkiran* (la sombra de dios en la tierra). Los gobernantes hindúes de la India afirmaban ser no solo la encarnación de uno de los dioses sino también héroes sexuales. Ninguna de estas visiones políticas dejaba lugar a la restricción. Los gobernantes indonesios tampoco reconocían ningún límite a su poder. La mayoría de los comentaristas políticos musulmanes ensalzaban la monarquía poderosa como la única alternativa a la anarquía. También los zares de Rusia afirmaban poseer un estatus divino, lo que no dejaba lugar al debate, la discrepancia, y mucho menos a una leal oposición.

El equivalente al “mandato del cielo”, “conquistador del mundo”, “sombra de Dios en la tierra” fue para los soberanos de la cristiandad latina el “derecho divino de los reyes”. En 1609, Jacobo I de Inglaterra proclamaba: ***“El estado monárquico es la instancia suprema sobre la tierra, ya que los reyes no son solo los lugartenientes de Dios en la tierra y se sientan en el trono de Dios, sino que son llamados dioses incluso por Dios mismo”***.

Pretendía que, ante una orden injusta, “el pueblo no puede hacer otra cosa que huir sin resistencia del furor de su rey; no debe responder más que con lágrimas y con suspiros. Siendo Dios el único a quien pueden llamar en su ayuda”.

Estremece leer como **Hobbes** recomienda ceder todo derecho al soberano. “a ese Leviatán o dios terrenal, al que debemos toda paz y toda seguridad”.

Spinoza también afirmó el derecho ilimitado del poder: “Ya pertenezca el Poder supremo a uno solo, o sea compartido por varios, o sea común a todos, lo cierto es que al que lo posee le pertenece también el derecho soberano de mandar todo lo que el quiera (...) El súbdito está obligado a una obediencia absoluta durante el tiempo en que el rey, los nobles o el pueblo conserven el soberano poder que les ha conferido el traspaso de derechos” (*Tratado teológico político*, c. XVI). Rousseau afirmó también la necesidad de una obediencia absoluta, pero blanqueándola con una astuta retórica. El ciudadano está obligado a acatar la voluntad general, pero eso no atenta contra su libertad, porque al obedecer a la voluntad general se está obedeciendo a sí mismo. Cambia la libertad natural por la libertad del ciudadano. Por eso, concluye, hay que obligarle a ser libre.

Capítulo 10: El alba de la rebelión.

Durante toda la Edad Media, el ciudadano europeo se vivió a sí mismo como súbdito político y como creyente religioso. Es decir, como oveja del rebaño político o del rebaño religioso. Una muestra de que ambos rebaños coincidieron durante siglos es que, en 1555, para poner fin a las terribles guerras de religión se firma la Paz de Augsburgo en la que se autoriza a los reyes para que elijan la religión de sus pueblos. Algo que ahora se considera prerrogativa individual, en aquel momento se aceptó que fuera decidida por los soberanos. Primaba el interés político sobre el religioso, porque nadie consideraba que fuera bueno que hubiera diferentes religiones dentro de un reino.

Como hemos visto, la virtud principal de la vida social era la obediencia. Pero los vientos soplaban en contra. **Desde el Renacimiento estaba surgiendo un movimiento de desobediencia que iba tomar cada vez mayor fuerza.** La obediencia reclamada por la Iglesia como “oblación del intelecto” (es decir como sacrificio de la inteligencia) había sido aprovechada por el poder político y el religioso, pero estaban convergiendo poderosas corrientes que iban a dar al traste con esta concepción del mundo. En primer lugar, **la ciencia y la filosofía negaban el principio de autoridad.** Bernardo de Claraval ataca a Pedro Abelardo, un eminente lógico, por estar “dispuesto a dar razón de todo”. Pero su postura va a ser pronto descalificada. El protestantismo negaba la autoridad del Papa. La responsabilidad personal y el deseo de autonomía animaban los espíritus. El ideal, dice **Lord Acton** es que “el dominio de la razón sobre la razón venga a ocupar el lugar del dominio de la voluntad sobre la voluntad” (p.

38). Los mismos teólogos habían comenzado a poner en tela de juicio la obediencia incondicional al soberano. No siempre había que obedecerle. Incluso en algunos casos el tiranicidio estaba justificado. **Francisco de Vitoria** justificó el robo en situaciones de hambruna y el impago de impuestos injustos, y **Juan de Mariana, la insubordinación y el tiranicidio**. El propio Mariana en [Del Rey y de la Institución real](#) (1599) y Francisco Suarez en su tratado sobre la ley defendían la desobediencia y el derrocamiento de las autoridades que no cumplían con sus obligaciones o se excedían en el uso de sus funciones ([Julian H. Franklin: Constitutionalism and resistance in the sixteenth century](#),). En Inglaterra, el orgulloso Jacobo I se indigna con la lectura de las obras de los juristas y escribió una apología del derecho de los reyes. La refutación de Suarez, escrita por orden del Papa Pablo V, fue quemada públicamente delante de a iglesia de san Pablo en Londres.

El pensamiento ilustrado culminó el proceso de rebeldía. La humanidad había alcanzado su mayoría de edad. La obediencia está bien para la infancia, no para la edad adulta. **Marat** escribió un libro cuyo larguísimo título sirve de resumen: ***Las cadenas de la esclavitud, obra desinada a explicar los negros atentados de los principios contra el pueblo, los resortes secretos, las astucias, los artificios, los golpes de estado que emplean para destruir la libertad y las escenas sangrientas que acompañan al despotismo.*** (ha sido reeditado en 1988). Lector del *Discurso de la servidumbre voluntaria*, de Étienne de La Boétie, cree que existe una respuesta acerca de “las razones que llevan a los hombres a inventarse sus propios amos y a poner su vida en sus manos”. Observa la presencia simultánea y discordante de un doble deseo: el de ser libres y el de servir

voluntariamente. Para Marat, la máxima abyección y degradación objetiva se produce cuando el oprimido no sólo se da cuenta de su propia condición, sino que se transforma en cómplice y soporte de ese poder que perpetúa la miseria, la ignorancia y la humillación de todos sus semejantes. Se convierte en un *homo patiens*. Quien está por debajo a menudo ni siquiera se atreve a imaginar una situación distinta de aquella en la que ha vivido siempre y por la cual se ha visto inducido a inhibir sus deseos. El reconocimiento de los derechos humanos -entre ellos el derecho a la resistencia.

Capítulo 11: Vivan las cadenas

El triunfo de la Revolución Francesa provocó una reacción que volvió a ensalzar la obediencia, que es para Burke el fundamento del Estado. La sociedad existe por temor del castigo y de Dios. Sobrevive por el verdugo y la religión. El cristianismo ha sido la religión de Europa, se basa en la infalibilidad en la enseñanza, de donde resulta el respeto ciego por la autoridad, la abnegación de todo razonamiento individual. El protestantismo es la insurrección de la razón individual contra la razón general, liberando al pueblo del yugo de la obediencia. No es solo una herejía religiosa, sino una herejía civil. Desencadena “el orgullo general contra la autoridad, y pone en discusión el lugar de la obediencia”. El protestantismo es enemigo de toda razón nacional. Donde implanta la razón individual, lo destruye todo. (Steinhell , Sur la contrailustration, p. 363). Carlyle sostiene lo mismo:” No hay en el corazón del hombre sentimiento más noble o más sagrado. Es esta sed de obediencia a los que estima mejores que él lo que le convierte en un ser social; es en la sociedad donde comienza la moralidad, es en la sociedad donde el hombre siente por primera vez lo que es y lo que es capaz de ser. Por eso la libertad no es la emancipación y la autonomía por relación a otros, sino al contrario, la obediencia a las leyes del universo, la obediencia al más sabio y el conocimiento de los propios límites. Esta es la única libertad tangible, no es ni siquiera concebible fuera de esta “Obediencia al Elegido del Cielo”, (p. 388). El único derecho del hombre que no puede ser abolido es el derecho

del ignorante a ser guiado, de grado o por fuerza, en el camino derecho por el que es más sabio que él.

Como he explicado en [Biografía de la inhumanidad](#), la obediencia se intensificó en el siglo XX. El auge del nazismo es un caso especialmente relevante. [Rudolf Hess](#), lugarteniente del Führer, en 1934, dijo:

“El nacionalsocialismo de todos nosotros tiene sus raíces en la lealtad acrítica al Führer que no se detiene en razones individuales y en a la silenciosa ejecución de sus órdenes. Creemos que el Führer obedece a una llamada superior para modelar la historia alemana. Esta creencia no admite críticas. Adolf Eichman consideraba que su promesa de obedecer órdenes hacía de la obediencia algo moralmente obligatorio: “Yo, cuando recibía una orden, obedecía. Un juramento es un juramento”.

Era su educación kantiana. **Junger** hizo el canto literario a esa sumisión:”
Toda actitud a la que se otorga una autentica relación con el poder se deja reconocer por el hecho de concebir al hombre no como fin sino como medio (...) El ser humano despliega su poder supremo, su dominio en cualquier lugar donde esta al servicio. El secreto del autentico lenguaje del mando está en que no hace promesas, sino que impone exigencias. La suerte más profunda del ser humano consiste en ser sacrificado, y el más elevado arte del mando es mostrar metas que merecen el sacrificio”.
([Korckow. La decisión](#), p. 68).

Los trabajos de Wilhelm Reich (*Psicología de masas del Fascismo*), de Erich Fromm (*El miedo a la libertad*) y de Adorno y sus colaboradores (*La personalidad autoritaria*) pretendieron responder a una pregunta esencial para nuestro tema: ¿cómo es posible que la sociedad alemana apoyara el

nazismo? Reich consideraba que la educación represiva había educado a personas sumisas y obedientes. Fromm, que el **gregarismo** produce miedo a las decisiones y engendra un afán de seguridad que hace posible el surgimiento del autoritarismo. Y Adorno y colaboradores, que existe una personalidad que desea estar sometida a una figura de autoridad, admira la acción directa, se rige por estereotipos, no acepta motivaciones subjetivas, sino grupales.

Al estudiar nuestra propensión a la obediencia, que ahora sabemos que tiene **componentes heredados y componentes culturales**, los psicólogos han descubierto algunos aspectos inquietantes. Puede llevar a la santidad, pero puede conducir a la atrocidad. Milgram y Zimbardo estudiaron cómo sujetos normales eran capaces de infligir dolor a otros individuos si se lo pedían durante la realización de un experimento. Los gritos de la supuesta víctima (el dolor era simulado) no detenía a la mayor parte de los sujetos, que se sentían amparados por la autoridad del director del experimento. Zimbardo quedó tan impactado por esta respuesta que lo denominó **“efecto Lucifer”**. Milgram denominó “agentic state” al estado en que el agente se encuentra cuando prescinde de la responsabilidad por su consentimiento a las órdenes del superior. Es verse a uno mismo como realizador de los deseos de otras personas.” Una persona -escribe Baumann- que odia robar o matar puede hacerlo con bastante facilidad cuando le es ordenado por la autoridad”.

Capítulo 12: Antídotos contra la sumisión

La filosofía posmoderna -y los **movimientos woke**- han dado enorme importancia a la oposición dominador-dominado, por considerarla la estructura básica de la sociedad. Según Foucault es ubicua. Aparece en todas partes: en la moral, en la economía, en el sexo. Por ello todo se vuelve política. La sociedad esclavista se basaba en la sumisión, pero también “el crecimiento de una economía capitalista ha exigido la modalidad específica del poder disciplinario” ([Surveiller et punir](#), 258). Los **movimientos feministas** defienden que la estructura patriarcal está profundamente instalada en todas las sociedades. Cuando hablamos, por ejemplo, de la necesidad de empoderar a las mujeres lo que estamos diciendo no es que se sitúen en una posición de poder para dominar, sino para liberarse de las dominaciones a veces profundamente asumidas. De ahí la necesidad de estar “despiertos” (woke) para percibir las. Tradicionalmente, la ignorancia y las diversiones han sido aliadas del poder. [William Berkeley](#), gobernador monárquico de Virginia, se lamentaba en 1676:

“La instrucción ha traído al mundo desobediencia, herejías y sectas, y la imprenta las ha divulgado y también libelos contra el mejor gobierno. ¡Dios nos libre de ambas cosas!”

([Parker, G. El siglo maldito](#), p.91).

La diversión -es decir, desviar la atención- ya fue denunciada por La Boétie:

“Mas esta astucia de tirano es embrutecer a sus súbditos.

“Los teatros, los juegos, las farsas, los espectáculos, los gladiadores, las bestias extrañas, las medallas, los cuadros y otras bagatelas semejantes fueron para los pueblos antiguos los cebos de a servidumbre, el precio de su libertad, los instrumentos de la tiranía”.

El poder va a existir siempre y siempre intentará provocar dependencia, sumisión y obediencia. Las nuevas tecnologías lo están haciendo. La cuestión está en eliminar los efectos nocivos de la obediencia, sin anular los positivos. Las democracias lo han intentado, pero el auge de los regímenes autoritarios, un cierto cansancio de la libertad, la frivolidad con que dejamos que manejen nuestros datos las grandes compañías informáticas, la aceptación de influencers, el afán de seguridad, nos hacen pensar que el deseo de obedecer sigue muy vivo.